



Revista de Claseshistoria

Publicación digital de Historia y Ciencias Sociales

Artículo Nº 13

6 de mayo de 2009

ISSN 1989-4988

Revista

Índice de Autores

Claseshistoria.com

SALVADOR DOMÍNGUEZ PALOMO

Padres y profesores. La colaboración en la enseñanza

RESUMEN

La educación de los alumnos no es exclusiva de los profesores. El principal papel en la formación de los niños lo tienen sus padres, los cuales deben ser parte activa en la enseñanza de sus hijos. Hoy día la educación ha sido delegada por completo a los profesores. En las siguientes páginas se reflejan unas bases dirigidas a los padres que servirán de ayuda para favorecer su intervención en la vida escolar de sus hijos. También reflexiono sobre la relación entre padres y profesores y profundizo en la problemática de la participación de los padres en la educación.

PALABRAS CLAVE

Padres, Autoridad, Colaboración, Entendimiento, Formación

Salvador Domínguez Palomo

Licenciado en Historia del Arte

Profesor de Ciencias Sociales en el Colegio María Auxiliadora II, de Marbella

Salvadorpalomo2007@hotmail.com

Claseshistoria.com

06/05/2009

INTRODUCCIÓN

De todos los colegios de Motril (Granada), mis padres decidieron que yo iría al colegio San Agustín. Allí hice parvulitos y la E.G.B. Recuerdo (y muy bien, por cierto), que los castigos físicos los prohibieron en las aulas cuando yo tenía doce años.

Pues sí, la disciplina y la rectitud eran algo que hacía que Los Agustinos fueran conocidos por todos en Motril.

Un alumno se encargaba de vigilar en el umbral de la puerta para avisar de que venía el maestro, y cuando llegaba, todos nos poníamos de pie en nuestro sitio, rectos como soldaditos. Nuestro maestro se santiguaba y acto seguido lo hacíamos nosotros. Y nos sentábamos a la vez. Empezaba la lección... ¡Qué silencio! No se escuchaba ni una mosca. Y es que si a alguien se le ocurría abrir la boca para otra cosa que no fuera respirar, don Carlos (había que hablarles de don) no se molestaba en mandar callar, sino que automáticamente le llamaba para que se dirigiese hacia él, y le arreaba tal bofetada que dejaba su mano grabada. Y encima, el querido profe, preguntaba con la risita en la cara: ¿pica?, ¿pica?

Pero ahí no termina la cosa, porque si ibas a tu casa diciendo a tu padre que te había pegado don Carlos, él te respondía: ¿y por qué ha tenido que pegarte? Y terminaba endiñándote otro tortazo.

Es ahí donde quiero ir. Había un total entendimiento entre padres y profesores. El profesor, como autoridad indiscutible, gozaba del apoyo y de la colaboración de los padres en la “formación” de los alumnos. Recuerdo a mi madre al llevarme al colegio entrevistarse con mi profesor (día sí, día no) para ver si iba todo bien, si hacía los deberes... Recuerdo regalitos de los alumnos a los profes por sus santos (detrás, claro, estaba la intención de los padres de “ganárselos”). Existían unos roles asumidos por todos: profesor-jefe, alumnos-sumisos. Y los padres (no sólo hablo de los míos) estaban encantados de que fuese así.

En un colegio privado y católico, los padres, parecía que tenían que demostrar algo a través de sus hijos: su religiosidad (haciendo que su hijo participase en misa o en otras actividades con los curas), su status (haciendo saber que sus hijos, tan buenos estudiantes, en el futuro llegarían a ser como ellos), etc.

Y son estas razones, sumadas a los patrones establecidos por una educación tradicional, las que hacían de los padres personas implicadas en la formación de sus hijos, conocedoras del funcionamiento de los centros de estudio y colaboradoras con los profesionales docentes en cualquier tipo de actividad.

Cómo olvidar cada día yendo al colegio a mi madre preguntándome las lecciones, y al salir del colegio interrogándome sobre cómo ha ido el día, qué has hecho, te ha preguntado algo don Carlos, qué deberes traes para hoy...

Esto es lo que me preocupa y lo que me indigna, que hoy día la educación ha sido delegada por completo a los profesores, consistiendo la labor de los padres en una mera repetición de normas (bájate del sofá, cómetelo todo...) y no en la tarea de educar en valores, es decir, respeto, tolerancia, solidaridad... Por eso el profesor de hoy es a la vez enseñante y educador, porque si no educa él nadie más va a hacerlo.

No es que quiera que retrocedamos a la situación carcelaria del antiguo sistema, pero creo que es evidente que el desmadre que se vive hoy día en las aulas se debe a esta escasa formación de los alumnos en valores, en disciplina. O sea, que ni Juan ni Juanillo. Soy partidario de enseñar a los alumnos a ser libres, pero libertad y responsabilidad deben ir unidas, y esta lección corresponde a los padres; el profesor debe reforzarla en clase, pero no ser el único que la imparta.

Es cierto que el papel del profesor no debe restringirse al de enseñante, porque por encima de todo es educador, pero es que me sorprende enormemente que en mi niñez los padres tuvieran tanto interés por participar en el centro y al día de hoy sea el personal docente el que tenga que crear estrategias para implicar a los padres en la educación de sus hijos.

En las siguientes páginas intentaré reflejar unas bases dirigidas a los padres que creo servirán de ayuda para favorecer su intervención en la vida escolar de sus hijos. También realizaré una reflexión sobre la relación entre padres y profesores y profundizaré en la problemática de la participación de los padres en la educación.

PRINCIPIOS BÁSICOS DE LA EDUCACIÓN PADRE-HIJO

Está claro que la educación de los alumnos no es exclusiva de los profesores. El principal papel en la formación de los niños lo tienen sus padres, los cuales deben ser parte activa en la enseñanza de sus hijos.

La clave está en predicar con el ejemplo, porque se sabe que el niño imitará a sus padres: si un niño observa que sus padres se sientan a leer, él se sentará a leer. Si observa cómo ven telebasura optará por esta otra opción. Es por eso por lo que el niño debe desarrollarse en un clima apropiado que incite al estudio, y éste empieza por el hogar.

No creo conveniente que el padre pretenda ser el mejor amigo de su hijo, porque situándose a su mismo nivel no ejercerá el suficiente dominio que se debe ejercer en una relación jerárquica. Un padre, como un profesor, deben ser algo cargantes o no sirven para nada.

El padre no debe cansarse de repetir a su hijo que tenga confianza en sí mismo. Esto es fundamental teniendo en cuenta que los estudios requieren gran esfuerzo. Estamos en la sociedad del “aprende fácil” (“aprende inglés fácil”, “aprende guitarra fácil”). ¡Mentira! Aprender no es fácil y requiere esfuerzo por parte del alumno. Es posible que ante las dificultades tenga miedo, miedo al fracaso, y el apoyo de la familia es fundamental, como si todos a la vez aunaran esfuerzos en pro del aprendizaje. Es básico que el niño se sienta respaldado, y una buena manera de hacerlo el refuerzo positivo para motivarlo.

El niño debe tomar los estudios como una costumbre que se hace norma, de manera que ante padres afectuosos y que le otorgan confianza la ruptura de esa norma sea impensable para el hijo, ya que éste no desea perder el cariño de sus padres (y claro está, tampoco la recompensa). Pero no olvidar que la costumbre de estudiar no sólo es del chico, sino de toda la familia.

Ya comenté en la introducción que a los niños de hace años nos obligaban a seguir normas y más normas, pero entonces eran normas impuestas por la fuerza y sin recompensa, en una rutina inaguantable que terminaba por transformarnos en borregos. Nada más perjudicial.

Somos educados en ciertas tradiciones, hábitos, formas de comportamiento... Pero por muy programados que estemos, podemos salirnos de ese programa; eso es lo importante, la libertad. Debemos enseñarles que tienen voluntad propia porque eso significa ser libre, pero también enseñarles que no todo depende de su voluntad (no puede controlar todo a su antojo). Cuando hablo de libertad hablo de enseñarle a ser librepensador, es decir, ser

responsable de su libertad. Ser responsable. Libertad es decidir, pero también darse cuenta de lo que uno está decidiendo.

Esta es la manera correcta de educar, totalmente contraria a las imposiciones de mi niñez. Lo lógico para enseñar al alumno a manejarse en la vida es que aprenda a razonar por sí mismo, y de las órdenes, éste sabrá acatar aquella que más le convenga. Es algo distinto a los gritos y bofetadas de antaño (de profesores y padres) ¿vedad?

Por lo tanto, es primordial que el padre enseñe a su hijo cómo debe emplear esa libertad (el profesor no tiene tiempo material para hacerlo). ¡Más vale dejarse de órdenes! Dentro de la enseñanza de un hombre libre no caben los castigos (se por propia experiencia que cuando uno alcanza el poder necesario se rebela contra ellos). Y bueno, ya que los profesores no pueden castigar hoy día, esto tendrá que aplicarse a la actuación de los padres.

El problema que se puede crear aquí es confundirle entre que “puede hacer lo que quiera” o “hacer lo primero que le venga en gana”, porque esto último luego lo sufren los profesores.

Vuelvo a repetir que libertad y responsabilidad deben entenderse como un solo concepto. Un padre que enseñe a su hijo a ser responsable logrará que su hijo sienta remordimiento en el caso de que haga algo indebido.

Se comprende que tenemos una vida muy acelerada y que no nos sobra el tiempo (esta es la principal excusa de los padres para delegar toda la responsabilidad educativa sobre el personal docente), pero esto no supone ningún inconveniente para que los padres entablen un diálogo con sus hijos. Si la familia no conoce a fondo a sus hijos no sólo no sabrán sus inquietudes, gustos, anhelos, opiniones...No sólo no conseguirán que sus hijos se sientan importantes, aceptados y queridos; no sólo conseguirán actitudes negativas y causarán un lamentable desarrollo de sus capacidades, sino que no podrán ayudar en lo más mínimo al profesor a ejercer su labor. ¿Cómo podrá un niño imitar a unos padres que no se prestan a ejercer de modelos estableciendo un vínculo positivo con su hijo?, ¿cómo reprocharán a su hijo por una mala acción si no le han enseñado a responsabilizarse de sus actos?

Si los padres no toman las riendas de la educación de sus hijos otros medios lo harán por ellos: la sociedad en que vivimos, la televisión, los malos ejemplos de los amigos...Aquí tenemos otra excusa: “¿pero qué juventud estamos criando obligándoles a ver telebasura?”, “en este mundo perverso, no es de extrañar que los jóvenes se conviertan en delincuentes”...Nada de excusas, ¿es que es inevitable delegar la educación de los hijos a factores

externos a la familia? Eso pretende gran mayoría de los padres, delegar todo a los profesores.

Al parecer, la cultura del esfuerzo no sólo hay que inculcársela a los alumnos, sino también a sus padres, ¡increíble!

Sin un ambiente familiar adecuado que fomente la actitud positiva hacia el trabajo el fracaso escolar del alumno está garantizado. El modo de actuar correcto de los padres es establecer a sus hijos una meta a conseguir, motivarles para que la consigan y demostrarles su orgullo cuando hayan conseguido alcanzarla. Esto es educarles en la cultura del esfuerzo. ¿Y qué ocurre en el caso de que fracasen? Pues no significa que haya que cambiar el modo de actuar; el niño debe seguir sintiéndose querido y motivado para poder superarse ante situaciones adversas. Y claro, siempre sabrá que será recompensado.

Sigo el ejemplo de mis padres porque su manera de actuar ha tenido efectos positivos en mí: día tras día se tomaban el trabajo de corregir mis deberes, de explicarme las lecciones, por un buen boletín de notas en una ocasión me compraron unas zapatillas de deporte, etc. Si en algo no me iba bien sabían detectar el problema porque siempre estaban atentos a mí y podían darle solución.

Mi padre me llevaba al campo y me enseñaba los nombres de las plantas, de qué pájaro era el canto que se escuchaba...o se ponía a jugar conmigo a algo...Es decir, fomentaron mi curiosidad, mi afán de superación, el gusto por buenos hábitos (deporte...). Para esto, y que no me pongan excusas, siempre hay tiempo.

Otra manera de contribuir en la educación de los hijos es emplear, del mismo modo que el profesor, distintos medios de información. Es decir, abundante material didáctico. Y no olvidemos que, como dije antes, si el niño ve a sus padres manejar material de estudio él también tendrá ganas de hacerlo.

Y yo me pregunto, ¿supone esto tanto sacrificio como para no poder hacerlo? La respuesta es no. La explicación podría ser: o quieres a tus hijos o no los quieres. Pero si adquiriera esta postura no sólo pecaría de radical y de zopenco, sino que tiraría por tierra el principal sentido de la enseñanza: el ser por encima de todo un educador.

Por tanto, hay que partir de la base de que los padres que no ejercen una buena labor educadora con sus hijos no lo hacen porque no saben. Es posible que lo hicieran mal con ellos, y por imitación, hacen ahora lo mismo con

sus hijos. También puede ser que en su juventud no se le diera importancia a los estudios porque se era más pobre y había que ponerse pronto a trabajar. En fin, las causas de no actuar bien pueden ser diversas.

PAUTAS A SEGUIR POR PADRES E HIJOS

Habría que disponerse entonces a plantear unos puntos básicos que marquen una línea de actuación a seguir, tanto por los alumnos como por sus padres. Ésta línea de actuaciones hace imprescindible sobretodo durante la adolescencia. Para actuar correctamente, los padres deben conocer las dificultades con las que se encuentran sus hijos en su vida de estudio y también las dificultades con las que se van a encontrar ellos mismos para dar solución a la problemática de los hijos.

¿Cuáles son los retos para los adolescentes?

- No resulta nada fácil para el adolescente centrarse en sus estudios en algunos momentos del día. Debe hacer frente tanto a los requerimientos de su vida social (amigos, juegos...) como a la ensoñación propia del adolescente, y que le impide concentrarse en su labor. La solución sería imponerle unos horarios fijos de estudio, un lugar fijo para que estudie libre de elementos que le distraigan y enseñarle a utilizar un buen método de estudio (subrayado, esquemas, estudiar en voz alta...).
- También les resulta difícil enfrentarse a problemas de difícil resolución. La opción que les resulta más fácil es abandonar. Sin embargo, aquí habrá que intervenir animándoles a que se esfuercen, a que vuelvan al problema las veces que sea necesario hasta dar con la solución y no tirar la toalla.
- Es una característica de los adolescentes el estar cansados (por aquello del estirón...). Están en la edad de la vagancia, y no es extraño que no terminen todas sus tareas. De nuevo, insistiremos para que realicen todo su trabajo y no les venza la pereza.
- Otro de los problemas a que se enfrentan es la tentación de abandonar los estudios. Estarán avocados a ello si no se les ha enseñado en la cultura del esfuerzo, a que se planteen qué van a hacer en el futuro, a que no se rindan. Es necesario hacerles ver que merece la pena esperar para obtener una mayor recompensa más adelante.

- Es un gran problema que piensen que determinada lección no va con ellos, que no les interesa o que no les va a servir de nada. Por eso es tan importante enseñarles a ser responsables, porque así, harán sus tareas para no defraudar a sus padres, a sus maestros o a sí mismos.

¿Cuáles son los retos educativos para los padres?

- Es fundamental que los padres conozcan a su hijo: sus virtudes, debilidades, miedos...porque así actuarán con coherencia a la hora de exigirles logros en sus estudios. Lo más importante es motivarle, ayudarle a que sea él quien se fije una meta. Para lograr todo esto sería conveniente que los padres actuaran de forma conjunta con los profesores para solventar mejor los problemas que el chico pueda tener y para saber sobre qué materia se le debe motivar más y sobre cual menos. Los padres mostrarán su orgullo a sus hijos cuando logren algo positivo.

En el caso de que hayan fracasado, los padres les mostrarán comprensión les ayudarán a superar el reto que se les plantea (el reto es de toda la familia).

- Los padres siempre hablarán sobre los estudios con sus hijos evitando agobiarle reproches. No es conveniente crear situaciones negativas en la relación padre-hijo porque dará lugar a conflictos entre los dos nada recomendables si lo que se quiere es que el chico deje de tenerle manía a los estudios. Todo lo contrario, se le hablará con comprensión, siempre de forma positiva.
- La complicidad de los padres con los profesores de sus hijotes muy beneficiosa, porque juntos sabrán enseñarles el método de estudio que a ellos más les convenga (en esta necesidad especial de cada cual estriba la educación individualizada). Los padres supervisarán la correcta ejecución del nuevo método de estudio por parte de sus hijos. Deberán asesorarles acerca de un horario de estudio y unas técnicas de estudio apropiadas corrigiendo los malos hábitos de estudio (mala expresión, estudiar de memoria y sin comprender, etc.).
- Es posible que los padres se creen falsas expectativas con respecto a sus hijos o quizás tienen el deseo de que sigan un camino trazado por ellos sin tener en cuenta la voluntad de sus hijos. Esto significa que no hay que

obligar al chico a realizar una tarea que no desea. Los padres, tras conocer las capacidades de su hijo y sus verdaderos deseos, si el chico prefiere abandonar los estudios para conseguir un empleo, no deben sentirse defraudados ni hacerle creer que es un fracasado, sino ayudarle a conseguir sus nuevos objetivos.

- Lo que deben fomentar los padres por encima de todo es la autoestima de su hijo. Infundirle confianza en sí mismo. Esto le ayudará a que supere solo las dificultades que se le presenten. El elogio ante los logros le motivará a seguir estudiando. De nuevo se hace necesaria la colaboración con los profesores de cara a poner remedio a las dificultades de su hijo (se le atraganta alguna asignatura...).

- Los padres deben conocer a fondo a su hijo y a todo lo que tenga que ver con su entorno más inmediato, ya que si existe algún factor nocivo en su ambiente más cercano (malos amigos, se entretiene demasiado en recreativos...) puede afectarle negativamente en el tema de sus estudios.

LOS PADRES NO ASUMEN SU RESPONSABILIDAD

Aunque los padres sean los responsables directos de la educación, no cuentan con una presencia eficaz en los centros.

La participación de los padres en la dirección del colegio es uno de los principales temas pendientes de nuestro mundo educativo. Los padres son, en realidad, los responsables directos de la educación de sus hijos, pero parece ser que el complejo mundo laboral y social de hoy día no les permite cumplir con su obligación. Les falta tiempo para educar a sus hijos, y por ello delegan en el centro escolar esta tarea.

Pero, por otra parte, el centro tiene también otra responsabilidad que le confía la sociedad: la de preparar los ciudadanos del mañana y adaptarlos a las necesidades de la misma sociedad, acomodarlos a sus expectativas.

Este doble compromiso crea algunas tensiones básicas en el mundo educativo. Los intereses particulares de los alumnos, y por tanto, de sus familias, tienen que adaptarse a las exigencias sociales de los planes educativos. Por ello, la parte más débil en el sistema son los alumnos y consecuentemente sus padres. De ahí la necesidad de que los padres estén presentes, como colectivo y como individuos, en los centros escolares con el fin de equilibrar convenientemente las fuerzas del sistema.

La acción de los padres como individuos se concreta en una adecuada relación con el tutor, como representante de la educación de sus hijos, pero también con los profesores – también responsables - .

Su intervención colectiva ha de concretarse en su participación en los órganos de dirección del centro.

Sin embargo, se recoge de sucesivos informes del Consejo Escolar del Estado la misma queja: la manifiesta preocupación por la escasa participación del grupo de padres y madres en las elecciones de los miembros de los Consejos Escolares de Centros públicos y Centros concertados. La participación decrece año tras año, y el número de abstenciones es mayor en los padres cuyos hijos están en Secundaria.

En términos de porcentajes, la participación de los padres en las reuniones de Consejos Escolares es más baja que la de los profesores o el personal docente. Todavía es difícil para muchos matrimonios superar la idea de que el colegio está precisamente para eso, para mandar a los niños y que allí se preocupen de todo. En muchos casos esta actitud se ve reforzada por el hecho de que la vida profesional y laboral sea suficientemente compleja como para justificar que no se pueda hacer nada más. Pero no basta con estar, además hay que hacerlo bien, para lo cual es necesario saber qué se puede hacer y tener capacidad para llevarlo a cabo.

Algunas apreciaciones evidentes al observar el funcionamiento de los Consejos Escolares llevan a la conclusión de que los padres se integran más en el centro cuando los niños son pequeños y, que en esa misma situación, se producen menos conflictos en el seno de los Consejos Escolares entre profesores y padres. A medida que los alumnos crecen, los padres suelen ir abandonando los pasillos de los centros y muchos acaban por desaparecer. ¿Cansancio?, ¿Desengaño?, ¿Sensación de inutilidad?

¿Qué pinta los padres en el Consejo Escolar? No es sencillo encontrar el verdadero acomodo de los padres en un centro. A mí me parece, al menos en teoría, que deberían tener un protagonismo muy acusado en el diseño del Proyecto Educativo, ya que es el fundamento básico del modelo de educación que se va a aplicar con sus hijos. Pero eso exige, además de tiempo, una cierta preparación técnica de la que muchos padres carecen y no pueden fácilmente adquirir. Sin mencionar la circunstancia de que todavía abundan los profesores que sienten las incursiones en ese terreno como intromisiones en su campo profesional.

Quizá por eso sea frecuente que los padres se ocupen de otras cosas más prácticas y de andar por casa, como es la organización de actividades extraescolares. Es una forma de mantenerlos en la periferia, porque lo que sí parece claro es que la actitud bastante general de los centros escolares es la de resignación frente al hecho de la participación. Todavía queda bastante camino por recorrer hasta llegar al día en que todo el mundo esté convencido de la necesidad ineludible de esa participación.

Posiblemente la raíz de la cuestión esté en que el padre quiere que el profesor le resuelva los problemas. Romper esa inercia requiere buenas estrategias y mucha imaginación por parte de los centros.

Pero aunque sería un gran objetivo, los centros que ya están abrumados por otros problemas del día a día no están por la labor.

Es un tema difícil, con unas soluciones difíciles. Por eso resultaría muy beneficioso que alguien con coraje se decidiese a afrontarlo y fuese capaz de crear un modelo de actuación que sirviera a los demás para imitarlo.

PROBLEMÁTICA DE LA RELACIÓN ENTRE PADRES Y PROFESORES

En varias ocasiones he escuchado a profesores decir que tienen más problemas con los padres que con los alumnos. Esta queja es cada vez más frecuente en muchos colegios. Los profesores añoran aquellos tiempos en los que los padres les confiaban a sus hijos para educarlos con total y entera libertad según su buen hacer de profesores.

Hoy las cosas son distintas. Los profesores ven a muchos padres como una amenaza constante que dificulta su labor docente. ¿Por qué? En unos casos, los padres se muestran demasiado indulgentes con sus hijos. En otros, les exigen lo que no pueden dar de sí. Muchos padres abogan por la disciplina, pero en cuanto recae alguna sanción sobre sus hijos, surgen enfrentamientos con el profesor. Y no hablemos de los deberes: que si son muchos, que si son pocos... Sea cual sea el problema (las bajas notas, la indisciplina, el lenguaje malsonante...) los padres tienden a justificar y defender a sus hijos.

A menudo los profesores se sienten a merced de la dictadura de los padres; incluso el director titubea a la hora de tomar muchas decisiones o las toma en función de las imposiciones de los padres. A menudo los profesores se sienten injustamente tratados porque sus opiniones no cuentan, sólo creen lo que les dice su hijo. También se sienten infravalorados porque los padres se meten en su terreno dándoles instrucciones para enseñar e incluso sobre

explotados porque su función va más allá de la de mero enseñante. En ocasiones se los ve como malos de la película: “¡Tiene a mi hijo sin dormir!”. Otras veces se sienten sobrecargados de responsabilidades (no es fácil velar por la salud de cientos de niños durante los recreos). Así, podría encontrar más factores que hacen que los profesores acaben con la moral por el suelo, consecuencia en primera instancia de los padres.

Claro que los padres también tienen argumentos para discutir: ¿Cómo es posible que todos los días al llegar del trabajo a casa tenga que ayudar a mis hijos a hacer tantos deberes? ¿Por qué los niños tienen que cargar cada día con tanto peso? ¿Por qué las vacaciones y los fines de semana no pueden ser para disfrutarlos en familia? ¿Por qué no les dejan tiempo para leer? ¿Por qué asumen los profesores que los padres son enciclopedias? Y así, con los robos en las aulas, con el balonazo que le han dado al niño y que podía haberse evitado si el profesor hubiera estado atento, etc.

Esto me hace preguntarme si padres y profesores son “enemigos” irreconciliables. Si el interés es el mismo, ¿Por qué existen posturas contrarias si se supone que ambos quieren lograr una buena formación para los chicos? Lo primero que habría que hacer es aportar soluciones que permitan acercar posiciones:

- No hay que esperar a que surja un problema para que padres y profesores se vean por primera vez. Es fundamental establecer un buen cauce de información a través del cual los padres conozcan los planes de estudio y cómo se llevan a cabo en el colegio: qué metodología se sigue, cuáles son los objetivos de cada curso y los medios para lograrlo, qué profesores tienen sus hijos, qué actividades tiene el colegio, etc.

Es verdad que muchas veces los centros organizan reuniones para informar a los padres a principio de curso, y éstos no van porque piensan que ya se lo saben o porque no les viene bien y prefieren esperar a la entrevista personal donde el profesor tiene que volver a repetir todo lo ya dicho en esa primera reunión.

- No convertir la entrevista personal en una descarga emocional de tensiones por ambas partes. La entrevista es una fuente de información fundamental sobre el alumno en ambas direcciones. Los padres informan al profesor sobre la vida familiar del alumno, de los problemas que tienen en casa – hermanos, hijo único, padres separados, falta de sitio propio, etc. - , de su manera de ser – nervioso, tranquilo, pasota... - , de las cualidades y puntos flacos – desordenado, inconstante, inmaduro... - , del horario, hábitos de estudio, estrés, etc. Y el profesor informa a los padres de la vida del alumno en el colegio: integración de

la clase, lugar donde se sienta, rendimiento escolar, dificultades que tiene, comportamiento...

Aquí puede haber sorpresas. El niño que en casa es caprichoso, desordenado o contestón, en el colegio se porta de maravilla. O a la inversa. Porque los niños reaccionan de una u otra manera según el entorno y la persona que tienen enfrente. Como tampoco es lo mismo un niño considerado individualmente que en grupo. Y una clase son cada uno de los chicos, pero también es el conjunto formado por todos ellos, con un comportamiento grupal propio, que en nada se parece a sus características personales. Por eso, cuando el profesor dice que el niño no para de hablar y no atiende, los padres, acostumbrados a un hijo que pasa horas en silencio delante del televisor, piensan que se ha confundido de alumno y habla de otro chico.

- Los padres no deben acudir al colegio únicamente para protestar. A los profesores también les gusta ser felicitados cuando se lo merecen. Pero se tiene asumido generalmente que “ésta es su obligación”, y los padres sólo acuden a solucionar conflictos, cantar las cuarenta...
- No estaría mal que los padres se pusieran en la piel del profesor, que está todos los días ocho horas con cuarenta niños en una clase dispuestos a replicar, a hacerle innumerables preguntas y a sacarle de quicio. El profesor soporta sus gritos, sus llegadas tarde, la falta de interés por hacer deberes, sus nervios, sus agobios por los exámenes, etc.
- El padre debiera escuchar, sin ponerse a la defensiva, lo que dice una persona que pasa todos los días ocho horas con su hijo, porque al contrario de lo que los padres puedan creer, para el profesor su hijo no es un número. Es verdad que a veces la actitud del profesor, también a la defensiva, no favorece el encuentro. En este caso, el profesor tiende a resaltar las dificultades del chico o agrandar el problema y pierde credibilidad. Una escucha limpia, sin preconcepciones, por ambas partes será un buen inicio para ahondar luego en el meollo de la cuestión a tratar.
- Si los padres hacen comentarios negativos del profesor en casa, no sólo aleccionan mal a su hijo, sino que están provocando que su hijo pierda el respeto a su profesor y que se deteriore la relación entre todos.

- Intentar no predisponerse contra el profesor a causa de los comentarios de sus hijos. Para los alumnos, el profesor que un día es el mejor de todos, al día siguiente puede convertirse en el peor. La realidad de los alumnos puede estar mediatizada por el tipo de actividades que llevan a cabo. No es lo mismo ir un día de excursión o a jugar en clase que hacer un sinfín de arduas tareas.
- Es recomendable tener paciencia y darle un voto de confianza al profesor hasta hacerse tonel grupo. Ésta es una de las tareas más difíciles que tiene por delante. Porque no hay reglas. Un profesor puede tener preparada una base a base de mucha interacción con los alumnos y ésta venirse abajo en dos minutos por falta de madurez en el grupo. O tener preparada una lección realmente magistral y que a los dos minutos todos abran la boca. A veces es preferible “perder” (que es ganar) un tiempo, que puede ser hasta uno o dos meses, en trabajar dinámicas de grupo para lograr disciplina, atención y motivación, que intentar meterles con calzador desde el comienzo de curso un programa que no van a asimilar.
- Un padre tiene que entender que el profesor, además de profesor es un ser humano y seguramente padre o madre de familia. Con lo cual también ve los toros desde la barrera y se enfrenta a los mismos problemas que todos los padres: al llegar a casa, después de ocho horas de clase, tiene que explicarle a su hijo las lecciones.
- Hay que tratar de ser realistas por ambas partes. Si los padres le dicen al profesor que su hijo se tira toda la tarde haciendo deberes, el profesor debería replantearse si no está exigiendo demasiado. Pero si es el profesor quien se queja de que su alumno no da ni golpe, los padres deberían colaborar desde casa. Si hay que poner una sanción por repetidas faltas de cumplimiento, que al menos sea de alguna utilidad para el alumno. En caso de tener que tratar un tema delicado, como es el caso de la educación sexual, el profesor debe programar con antelación una reunión en la que discutir con los padres el grado de información que se les va a dar a sus hijos, etc.

En el caso de no poder ajustar distintas horas de reunión individual, el profesor puede convocar una reunión colectiva.

Otro aspecto que quiero reflejar es la resolución de una serie de puntos que, por conflictivos, deberían tratarse en una o más reuniones con los padres a lo largo del año. Éstos serían.

- Los deberes: hay padres que reclaman deberes en abundancia para sus hijos porque quieren mantenerlos ocupados; otros porque piensan que cuanto más cantidad de actividades, más inteligentes se volverán sus hijos; otros porque están obsesionados desde que el niño nace con el tema de la selectividad. En cambio, lo correcto sería concebir los deberes como una manera de habituar a los niños a realizar un trabajo personal (no hecho por sus padres) y no una continuación de los mismos ejercicios ya realizados en clase hasta la saciedad. Hacer un trabajo creativo, emplear juegos educativos, leer un libro, aprenderse el papel para una obra, escribir un cuento, recitar un poema o cualquier otra actividad de este tipo serviría para motivar al niño a seguir trabajando sin la sensación de seguir haciendo lo mismo que en el colegio y le sería bastante provechoso que seguir almacenando datos y datos en la cabeza.
- La televisión: es imprescindible que los padres fijen unos tiempos razonables para verla y aprovecharla como un medio más de aprendizaje (analizar los mensajes que nos dan, cómo nos los dan, etc.). no creo que haga falta señalar lo inadecuado de que un chico se habitúe a ver telebasura.
- La disciplina: no debe entenderse como el tirón de patillas de antaño, ni como la imposición autoritaria, sino como principio de respeto a los demás: aprender a escuchar al prójimo, dejar trabajar al de al lado sin darle la vara, colaborar con el orden y cuidado de la clase, etc. Una disciplina que compete tanto al alumno como al profesor, que sirve para que los niños aprendan a convivir. En cuanto al tema de las sanciones, tratar de que sean útiles para el chico (hacer un trabajo extra, mejorar su ortografía si ésta es mala...en lugar de copia cien veces...), que el alumno entienda el por qué de la sanción y, a ser posible, que tenga relación con la falta cometida.
- Planes de estudio: los padres deben ser informados no sólo de los cambios producidos, sino del por qué de esos cambios (las necesidades de los alumnos van cambiando con los tiempos, y hoy día, por ejemplo, hay que adaptarse a las nuevas tecnologías...).
- Contenidos: los padres, acostumbrados al sistema de aprendizaje memorístico deben saber que hay otros métodos de aprendizaje bastante más efectivos. Y que no por aprender antes a leer o a multiplicar su hijo va a saber más.

- Pérdidas y desapariciones: establecer unas normas claras sobre la ropa marcada, el orden, los sitios donde los alumnos tienen que dejar su ropa cuando se cambian, vigilancia, etc.
- Notas: explicar a los padres cómo se evalúa, hacer unos boletines con la mayor información posible y tomarlas como lo que deberían ser: un informe sobre la marcha del chico y no una calificación o descalificación de sus aptitudes.
- Seguridad: establecer una normativa clara para los recreos respecto a balones que se puedan utilizar, juegos que pueden resultar peligrosos, etc.
- Currículum: delimitar la importancia de cada asignatura. Muchas veces el que los padres consideren de menor valor la gimnasia, la música o la plástica es culpa del propio centro.
- Sistema de enseñanza: informar a los padres del que se sigue en el centro con el mayor detalle posible y de las posibilidades de optativas y actividades extraescolares.

En fin, he procurado analizar la compleja relación padre-profesor señalando posibles soluciones para mejorarla y he propuesto algunas estrategias para resolver cuestiones referentes tanto a la educación del alumno como a temas pertinentes al funcionamiento del centro escolar (abordando los temas, claro está, desde la implicación de los padres).

El objetivo que me he marcado es, por un lado, comprender de qué manera se puede implicar un padre en la vida de estudio de su hijo, cómo participar activamente en ella. Y por otro lado, conocer si todo lo hasta ahora mencionado se lleva a cabo. Es decir, ¿Sirven los estudios realizados para conseguir esta complicidad padre-profesor?

¿Se llevan las estrategias a cabo? ¿Hacen mella en las conciencias de los padres las demandas y requerimientos de los profesores?

Para responder a estas cuestiones quién mejor que los profesionales docentes, que sufren cada día los excesos o las carencias del sistema educativo.

ENTREVISTAS

En primer lugar voy a entrevistar a María Encarnación Lorente Bustamante, mi tutora del C.A.P. y profesora de Ciencias Sociales de 4º de E.S.O. y de Historia y Geografía de Andalucía para 2º de Bachillerato en el instituto Ciudad Jardín.

Yo. ¿Cuál es la primera llamada de atención del centro para los padres?

ME. Se hace una convocatoria a través de una carta del hijo al padre para una reunión a principios de curso.

Yo. ¿Y hay mucha afluencia en esa primera reunión?

ME. No llegan ni el 50%, sólo el 25%. Y es lamentable ese poco interés, porque se explican temas de interés: normas, actividades, profesores...

Yo. ¿Y no se convocan más reuniones?

ME. A finales de Octubre, si surge alguna problemática, se hace otra reunión de tutoría.

Por ejemplo, este año hemos hecho una reunión porque algunos padres se quejaban de la dureza del profesor de Física y Química.

Yo. ¿Cómo se les avisa para esta reunión?

ME. Se les manda una carta a todos los padres diciéndoles el horario de tutoría.

Yo. ¿Vienen muchos a esta segunda reunión?

ME. Suelen venir.

Yo. ¿Hacen los padres alguna actividad a favor del centro?

ME. En el APA se da un dinero – 6 Euros – para subvencionar cosas, pero es un grupo minoritario implicado en la vida del centro.

Yo. Los padres que vienen a hablar contigo, ¿Lo hacen por simple interés o porque a ocurrido algo malo?

ME. Vienen los padres más implicados en la educación de sus hijos, para saber si todo marcha bien. Los padres de alumnos conflictivos, en cambio, suelen venir cuando su hijo ha cometido una mala acción. Aunque hay excepciones, por ejemplo, el padre de David – un alumno conflictivo - , que viene mucho a hablar conmigo.

Yo. ¿Y cuando se llama sólo a un padre?

ME. Cuando se les llama suelen venir.

Yo. Parece que por propia voluntad no hay demasiada participación. ¿A qué se debe?

ME. Generalmente no se implican porque trabajan padre y madre y no tienen tiempo para implicarse. Económicamente sí pueden, pero personalmente no.

Yo. ¿Se está haciendo alguna actividad ahora mismo donde estén participando?

ME. 4º B intenta organizar un viaje de estudios y se les sugirió estrategias para recoger dinero, aquí algunos padres se implican. Pero no hay implicación dentro del centro.

Yo. ¿Han surgido iniciativas para dar charlas, hacer debates, o algo que sirva para aleccionar a los padres en su labor como educadores?

ME. Se ha planteado una Escuela de Padres para llevar medidas para con los hijos, pero no se ha llevado a cabo. Ya se hizo una vez y no tuvo éxito.

Yo. ¿No me puedes decir otra actividad en la que haya participación?

ME. El Día de Andalucía se hace una fiesta gastronómica y hay madres que se implican colaborando como jurado y haciendo comidas.

Yo. O sea, que en los temas concernientes a los programas de estudios, funcionamiento del instituto...

ME. No hay implicación directa.

A continuación voy a entrevistar a la orientadora del mismo instituto, Victoria García (me contestó a las anteriores preguntas dando unas respuestas casi idénticas a las de María Encarnación):

Yo. Habrá alumnos que necesiten una atención especial, ¿Qué se hace entonces?

VG. La atención individualizada se hace en función de las necesidades. Hay una hora de atención a padres a la semana. Los niños que presenten dificultades son los que más tutorías requieren.

Yo. ¿Cree que el fracaso escolar tan elevado se debe a la poca atención de los padres?

VG. Claro. El problema fundamental es el control horario de estudio.

Yo. ¿Establece el padre alguna iniciativa conjunta con los profesores para ayudar a su hijo?

VG. No. El recurso más empleado es la academia particular.

Yo. Hoy día, parece que los padres no están todo lo pendientes de sus hijos que debieran, ¿Por qué?

VG. El problema que ocurre con los padres es que pasan demasiado tiempo fuera de casa.

Yo. ¿Qué dicen los padres cuando se les llama por una mala acción de su hijo?

VG. Los padres de los alumnos más problemáticos defienden las malas acciones de sus hijos.

Yo. ¿Qué medios se ponen entonces cuando ocurre algo desagradable?

VG. Se hace un Parte de Incidencias para informar a los padres, pero no sirve de nada.

Yo. Pero algo le dirán esos padres, ¿No?

VG. Muchas madres aconsejan a los profesores que peguen a sus hijos si se portan mal.

Yo. ¿Qué hace el APA ante este panorama? ¿No se proponen asambleas, charlas...?

VG. El APA no hace debates ni se implica en medidas cara a los padres.

Yo. Pero alguna manera debiera tomar el centro para asesorar a esos padres, ¿No lo piensa así?

VG. – Me contesta enfadada - ¡No existen escuelas para padres!

Yo. Entonces, ¿Será verdad que no exista en esos casos la más mínima preocupación por el hijo?

VG. No es que siempre ocurra así, lo que pasa es que algunos padres están ya desesperados con sus hijos. Algunos padres me han venido llorando diciéndome ¡yo ya no sé qué hacer!

Yo. Entonces, ¿se sienten indefensos los profesores ante ciertas circunstancias?

VG. El profesorado está sólo ante los problemas. No existe un cambio de actitud por parte de los padres ante lo ocurrido con sus hijos.

Yo. Lo que sí existirá es una estrategia de los profesores colaborando entre sí, ¿Verdad?

VG. Se hacen reuniones semanales con los tutores para coordinar aspectos del centro.

Se intenta conocer el entorno, no con textos, sino preguntando. Si se ve que los padres deben venir al centro se les llama para obtener mayor información. Hay tutores que hacen seguimientos y hay algunos padres que colaboran. Los resultados son otra cosa – me contesta dudando- .

CONCLUSIÓN

Después de lo expuesto en el trabajo, puedo afirmar con total seguridad lo que pensaba desde el primer momento: dentro de un sistema educativo tan moderno donde se piensa ante todo en el bienestar de los alumnos, con tantos avances desde el punto de vista de la pedagogía, la psicología, métodos, tecnología...hay algo que en cambio ha retrocedido. Esto es, la voluntad de los padres.

Confío en el sistema estudiantil y creo en el trabajo vocacional de los profesionales docentes. He visto durante toda mi vida a profesores dejándose la piel por despertar el interés de todos y cada uno de sus alumnos, y yo mismo he dado todo lo mejor de mí en las pocas clases que he podido dar hasta ahora. Lo digo sin reparos y totalmente convencido: lo que no funciona en nuestro mundo educativo es la otra mitad, la mitad más importante, la que puede condicionar a un chico a ser alguien positivo y útil a la sociedad o hacer de él todo lo contrario. SUS PADRES.

BIBLIOGRAFÍA

- CASTILLO CEBALLOS, GERARDO. El adolescente y sus retos. La aventura de hacerse mayor. Ed. Pirámide. Madrid. (1999).

- RODRIGO, MARÍA JOSÉ y PALACIOS, JESÚS (COORDS.). “Familia y desarrollo humano”. Psicología y Educación. Alianza Editorial.
- MORATINOS, JOSÉ F. La Escuela de Padres. Educación Familiar. Narcea. Madrid. 1985.
- PARIENTE, FERNANDO. “La participación de los padres, un tema sin resolver”. Padres y Maestros, 204, pp. 10-11. Fecha desconocida.
- MENÉNDEZ-PONTE, MARÍA. “Padres y profesores: ¿”enemigos” irreconciliables?”. Padres y Maestros. Número desconocido, pp. 25-27. Fecha desconocida.
- SAVATER, FERNANDO. Ética para Amador. Ariel. Barcelona. (2001).